Una aproximación personal a la figura del Dr. Rafael Sancho como psiquiatra clínico

Dr. Luis Goenechea Alcalá-Zamora
Médico Psiquiatra

En cuanto comuniqué al profesor Orozco Acuaviva, Catedrático de Historia de la Medicina de Cádiz, Director de mi tesis doctoral, que marcharía a Toledo a realizar la especialidad de psiquiatría y conociendo mi intención de seguir trabajando en este campo, oí por primera vez el nombre de Don Rafael Sancho de San Román. Me dijo que ese era el hombre de referencia, con quien debía contactar para seguir investigando en Historia de la Medicina y con esa intención llegué a Toledo.

La verdad es que tanto me absorbió la especialidad y me supuso tanto esfuerzo adaptarme a una vida tan diferente a la que esperaba, que me convertí en uno de esos que "*arrumban*" la historia de la medicina, como dice el Profesor Granjel, para intentar empezar a escribir un nuevo capítulo de mi propia historia.

Pero a medida que me iba introduciendo en la psiquiatría y comencé a historiar a los pacientes, aparecía constantemente el nombre del Dr. Sancho, omnipresente, bien referenciado hasta la saciedad. ¿Sería ese Dr. Sancho del que me hablaron en Cádiz?. Efectivamente era la misma persona y supe que no llegaría a él a través de la Historia de la Medicina sino precisamente por la psiquiatría.

Fue justamente desarrollando estas tareas, en concreto la de neuropsiquiatra de cupo, cuando conocí personalmente al Dr. Sancho. Me sorprendió su trato cercano, sencillo y afable, a pesar de que irrumpí en su consulta para realizar una visita de presentación no concertada que tenía pendiente desde hacía varios años. Por fin, ahí estaba, menudo, enjuto, con su bata blanca inmaculada y bien planchada. Sorprendentemente sereno y acogedor, detrás de la mesita desconchada del Seguro, en una gran consulta desangelada y fría, alicatada de blanco hasta la mitad y con muchísimos archivadores desvencijados, colocados en batería, cada uno de su padre y de su madre que tapaban tres de las cuatro paredes de la sala y que debían guardar las historias del Imperio.

Demasiado tranquilo para lo que tiene esperando, me decía yo para mis adentros. Será imposible dar salida a tantos pacientes ansiosos e inquietos que aguardan en la improvisada sala de espera en que se habían convertido las cuatro baldosas que pegaban a su puerta. Todos tratando de hacerse con el punto exacto para coger impulso y catapultarse hacia el interior de la consulta en cuanto se abriera la puerta y yo pusiera el pie fuera.

Captando su experta auxiliar que la interrupción estaba provocando en los impacientes enfermos una subida de tono lo suficientemente alarmante, cortó muy sutilmente la animada plática y así dimos por concluido nuestro primer encuentro. Pero sobre todo recuerdo la sensación de alivio cuando salí y bajaba las escaleras pues dejé de sentir la tensión que se respiraba en aquella consulta.

La manera como se desarrolló esa primera entrevista me hizo pensar y me dio datos para ir perfilando al personaje y convencerme que a sus méritos como reconocido historiador de la medicina y psiquiatra considerado y valorado en Toledo y provincia, se añadían otras cualidades que en esas especiales circunstancias empecé a vislumbrar.

Fueron pasando los años y con motivo de congresos y reuniones de la especialidad nos fuimos conociendo y pronto surgió la amistad y mi profunda admiración.

Y la vida da muchas vueltas, y quien me diría que con el paso de los años me vería en esa misma consulta y en esas mismas circunstancias y con muchos de esos pacientes a mi cargo. Al dejar el Dr. Sancho la plaza de neuropsiquiatra de cupo a finales de 1996 me contrataron para asumir la consulta que él había "*sobrellevado*" durante cuarenta años.

Los pacientes acaban siendo como de la familia cuando envejecemos juntos y los médicos, de las familias de los pacientes, por eso, ellos no podían entender que el Dr. Sancho les dejara y quizás para que se les hiciera más llevadero me identificaron como "*el hijo del Dr. Sancho*". Eso se oía en las conversaciones de la sala de espera y se lo decían unos a otros para tranquilizarse. Así que durante los primeros meses e incluso años él estuvo presente a través de ese "*autoengaño*" y la situación se hizo más llevadera.

Quizás sea esta la razón por la que se pensó que sería yo la persona más indicada para hablar sobre su faceta como psiquiatra clínico. He tenido la oportunidad de manejar sus historias, de tratar a los que fueron sus pacientes durante años y caer como en paracaídas en medio de esas especiales relaciones que se establecen entre paciente y psiquiatra. Por lo

tanto era la persona que estaba en la mejor situación para hablar desde dentro de la calidad de su práctica psiquiátrica.

Yo siempre fui consciente que irremediablemente la comparación era inevitable y sentí la tremenda responsabilidad de estar a su altura

Y más vueltas sigue dando la vida cuando hoy me enfrento a la responsabilidad de reflejar en estas páginas la importantísima impronta que el Dr. Sancho ha dejado en el "*alma*" de muchos toledanos y lo que ha significado su labor y su personalidad para la psiquiatría toledana de la segunda mitad del siglo XX.

Nadie mejor que él, conoce el sentir de los hombres y mujeres de esta tierra dura, que forja recios caracteres, esas gentes que le aprecian de corazón y le recuerdan por su inestimable ayuda . No puedo hablar por lo tanto desde lo puramente racional e intelectual, no me extenderé en señalar y analizar la obra escrita, los artículos y publicaciones que ya otros compañeros han realizado con todo detalle. Su importante obra historiográfica, primero como profesor adjunto de la entonces recién nacida Cátedra de Historia de la Medicina de Salamanca y posteriormente la realizada mientras ejercía su profesión como psiquiatra en Toledo, sin perder el contacto con su maestro el Profesor Granjel, está ahí, al alcance de todo aquel que se quiera asomar.

A lo que yo, modestamente, pretendo acercarme es a algo que corresponde al ámbito de lo particular, de lo personal y de lo íntimo que queda únicamente escrito en el corazón y en la *"Psique"* de cada una de las personas que angustiadas, tristes y desconcertadas, se han acercado a recibir el consuelo, la comprensión y el buen hacer que como psiquiatra y humanista bien formado y dedicado ha ejercido el Dr. Sancho durante más de cuarenta años en Toledo.

Señalar que es precisamente el ejercicio diario de la psiquiatría clínica lo que ha ocupado gran parte su tiempo y sobre esta faceta fundamental me extenderé posteriormente, pero antes intentaré acercarme a la persona sin pretender que se conviertan estas palabras en una glosa o un epitafio. Sólo al referirme a su faceta como clínico hablaré en pasado, pues actualmente Don Rafael no ejerce la psiquiatría pero todos esperamos que retome su otra vocación y recupere tantos proyectos hoy interrumpidos por cuestiones de salud.

En el Dr. Sancho ha confluido una actitud hacia el enfermo de cercanía, comprensión y dedicación, una visión amplia e integral del ser humano, y unas aptitudes inmejorables acreditadas por su extensa formación como médico, historiador, doctor en medicina, especialista en neurología

y psiquiatría, psicólogo clínico, diplomado en sofrología y en Sanidad. Y su tremenda entrega que le ha llevado a estar día a día, año tras año, décadas y décadas, sin pausa, disponible para quien necesitado de apoyo y alivio se ha confiado a él.

Su autoridad intelectual y su calidad humana han calado de tal manera en cada una de las personas que trataba individualmente, que poco a poco e inevitablemente ese "*buen hacer*" se fue filtrando al terreno de lo público y social, y sin prodigarse en exceso, se convirtió, en un referente al hablar de "*el hombre*" en el sentido más extenso. A través de conferencias y artículos de divulgación ha transmitido a sus conciudadanos un punto de vista cualificado, centrado y contrastado, introduciendo y concienciando sobre estos temas a varias generaciones de toledanos. Ahí sus aportaciones sobre *prevención de drogas en edad escolar, subnormalidad, sexualidad humana, problemas de la juventud, aspectos psicológicos de la aptitud para el matrimonio, higiene mental de la gran ciudad, la tensión psíquica del mundo moderno, la familia y el enfermo mental crónico* etc., realizando una callada pero eficaz labor de educación para la salud y prevención en salud mental. Una impresión personal es que, quizás el Dr. Sancho se encuentre más cómodo en la relación "*cuerpo a cuerpo*" que en actos multitudinarios, pero si fuera así, no los ha evitado.

Aún no siendo objeto de lo encomendado, no puedo dejar de señalar, pues es fundamental para entender su obra y su práctica clínica diaria, que Don Rafael Sancho no sería quien es, ni su labor hubiera alcanzado la altura ni la trascendencia que ha logrado, si no contara con unas profundísimas creencias religiosas y su conducta, la coherencia y solidez derivadas de tan fuertes y arraigadas convicciones. No diré más, no me corresponde.

Sobre otros temas, espero que el Dr. Sancho se anime y realice esa obra que en algún momento ha manifestado que le apetecería realizar y nadie mejor que él para bucear psicológicamente en su propias circunstancias y elaborar su análisis íntimo y expresar en primera persona de que manera le han influido personas como el Padre Ribera, el Profesor Granjel, el Dr. Rodríguez Lafora, etc., y nos hablara sobre los tiempos que le han tocado vivir como fueron la guerra civil, la postguerra y sobre otras cuestiones como la elección de la especialidad, la medicina pública y la medina privada etc.

Y Toledo, siempre su amor a Toledo, hijo de Toledo y *"¿Donde habrá hombres que más sientan, conozcan y quieran a su ciudad? Y sólo llevado de un gran amor puede resolverse a trepar por esos vericuetos, a escalar esas murallas*

llenas de recuerdos, habitadas por Ilustres sombras, es cierto, pero ásperas y fatigosas" como diría Galdós.

Hombre muy unido a la ciudad que le vio nacer el ocho de octubre de 1935, en la Sillería. Estudioso y conocedor de las circunstancias que hicieron posible su grandeza y de las que propiciaron su declive. Siempre al lado de quién le necesita, haciendo suyas las heridas de la decadencia, el duelo del pasado esplendor y la ilusión por un futuro mejor, aceptó y desempeñó con acierto e ilusión diferentes responsabilidades en el escasímimo tiempo que le era posible arañar del ejercicio de su profesión y de la servidumbre que supone el tomar a cargo a pacientes que en su angustia reclaman toda la dedicación y atención.

Como toledano comprometido con su ciudad, desarrolló las labores durante años de consejero numerario del Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos (IPIET) y Director de la Real Academia de Bellas Artes de Toledo desde el 20 de diciembre de 1979 a 20 de diciembre de 1984. No puedo resistirme en nombrar aunque sea a vuelapluma, obras de importantísima trascendencia que para la incipiente historia de la medicina toledana, de quien Don Rafael Sancho es precursor, como son *"El Hospital del Nuncio de Toledo en la Historia de la asistencia psiquiátrica", "Los antiguos hospitales de la Ciudad de Toledo) o "La medicina en Toledo (notas para una historia de la medicina toledana)".*

Don Rafael Sancho abandonó Salamanca, dejó la Cátedra de Historia de la Medicina y el contacto directo con una verdadera vocación, como dice el Profesor Granjel, y decide regresar para escalar y descubrir altas murallas pero con el tremendo esfuerzo de subir empedradas, fatigosas y empinadas calles. Compartió su afán de descubrir e investigar sobre legajos, en documentos y en tratados con encontrar respuestas y bucear en la mente humana.

El Dr. Sancho comparte con otras muchas figuras de la medicina española de los últimos cincuenta años una doble vocación la de historiador de la medicina y la de psiquiatra. Sin duda una lleva a la otra porque en el fondo late la inquietud de conocer al hombre, su obra, su evolución, sus circunstancias y por fin su mente y lo que le hace enfermar. Todo ello en un *continuum* bidireccional por el que el Dr. Sancho ha transitado con autoridad y humildad durante muchos años.

Don Rafael ha sido espectador y actor privilegiado de la evolución de la psiquiatría. Conoció el manicomio, la vida dentro de los anchos muros, el funcionamiento diario y los escasos y trasnochados medios terapéuticos de los que se disponía. Se incorporó a la práctica psiquiátrica

cuando el enfermo mental se encontraba aún segregado y aislado. Cuando todo lo relacionado con la enfermedad mental era marginal y la sociedad miraba a otro lado. Ese estigma no sólo marcaba a los "*locos*", también se hacía extensivo a todo aquello que con la locura se relacionaba, pues en la mentalidad del momento se pensaba que la locura "*se pegaba*", que era consecuencia de un "*castigo divino*" o el resultado del vicio, etc., adoptando actitudes nihilistas. Se tendía a la institucionalización prácticamente de por vida para proteger a la sociedad del enajenado.

La psiquiatría no estaba integrada en el resto de los dispositivos sanitarios y el ejercicio de la especialidad se realizaba en lugares y ambientes poco atractivos para el joven profesional, con escasísimos medios disponibles. Ambientes cerrados, sucios, casi carcelarios, muy lejos de la pátina dorada que suponía el ejercicio de la medicina de aquellos años. Sin una verdadera vocación era difícil adaptarse a aquel medio.

La introducción de los primeros neurolépticos o antipsicóticos facilitó la desinstitucionalización de muchos enfermos. Permitían controlar los síntomas y las conductas más disruptivas. Y el régimen manicomial iba quedando poco a poco atrás. El Dr. Sancho fue de los primeros psiquiatras en Toledo en manejar el largactil, el sinogan y el haloperidol y los medios de contención de otros tiempos como los abscesos de fijación con trementina, los grilletes, correas o el "*cuarto de la paja*" pasarían a la historia. Y el uso indiscriminado y masivo del electroshock, de los comas insulínicos de Sakel, de los shock cardiozólicos, etc., se aplicaron a los casos estrictamente indicados. De esta manera el "*loco*" se convirtió en enfermo, se le perdió el miedo y pudo vivir con su familia y en sus pueblos.

Hasta entonces la psiquiatría y el psiquiatra se habían ocupado casi exclusivamente del psicótico, término técnico de "*loco*". Y se identificaba al psiquiatra con "*loquero*" situándole siempre en el contexto del manicomio. Se le suponía como un profesional que contenía pero no curaba. Una vez que se aplicaron fármacos útiles en la psicosis y se descubrieron antidepresivos eficaces como el tofranil, anafranil e IMAOS, etc., y medicamentos menos peligrosos y efectivos para la ansiedad como eran las benzodiacepinas (librium, valium, etc.), los enfermos que requerían ser vistos por el psiquiatra se incrementaban aunque tímidamente al principio. Fue entonces cuando el psiquiatra salió del manicomio u hospital psiquiátrico y se incorporó a las consultas de cupo del Seguro de Enfermedad. Ese miedo fue dejando poco a poco lugar a una relación de confianza y aprecio como resultado de la labor psicoterapéutica que dicha

relación llevaba aparejada. Ya no sólo se curaba por el fármaco sino por el efecto curativo de la palabra y la "*energía psíquica*" que se movilizaba en la relación terapéutica entre el médico y el paciente.

Este mismo camino siguió el Dr. Sancho. Desempeñó el puesto de médico-psiquiatra del Hospital Psiquiátrico Provincial de Toledo, dependiente como la mayoría de los hospitales psiquiátricos de España de las Diputaciones Provinciales. Allí estaban los enfermos psiquiátricos en su mayoría con psicosis esquizofrénica. Su primera experiencia como clínico fue con pacientes graves y la psicosis en su estado más genuino y agudo con la que se enfrentó en los primeros años de ejercicio profesional.

Posteriormente ostentó los cargos de Jefe de los Servicios de Psiquiatría e Higiene Mental y Director del Centro de Diagnóstico y Orientación Terapéutica de la Jefatura Provincial de Sanidad de Toledo.

Pero donde desarrolló durante mas tiempo y con más intensidad su labor como clínico fue como neuropsiquiatra de cupo de la Seguridad Social y en su consulta privada. La permanencia durante cuarenta años ininterrumpidos en los mismos puestos le permitió el seguimiento de gran cantidad de pacientes e incluso de generaciones y la observación de la evolución de todo tipo de patologías le proporcionó un amplísimo bagaje profesional.

No contaba con las mismas condiciones en uno u otro sitio. La presión asistencial, el escasísimo tiempo disponible, la diversidad de pacientes en la consulta de cupo, convertían esta parte del quehacer diario en una verdadera heroicidad. Con un esfuerzo suplementario diario compensaba las deficiencias e incomodidades que tanto para el profesional y para los pacientes suponía el sistema. En dos horas y media el neuropsiquiatra debía historiar, diagnosticar, tratar, orientar y apoyar a cuatro pacientes nuevos, realizar dieciséis revisiones y un número imposible de prever de pacientes que acudían a la puerta de la consulta con carácter preferente en situación de crisis. La situación se complicaba pensando que había que terminar la consulta a las doce de la mañana obligatoriamente porque a esa hora tenía que ocupar ese mismo despacho el siguiente neuropsiquiatra con otros tantos pacientes.

En su consulta privada las condiciones eran totalmente diferentes. Contaba con la inestimable y valiosa ayuda de su mujer y enfermera que durante todos esos años colaboró estrechamente con él. Encargándose de su agenda y organizando las consultas de la manera más conveniente, procurando un ambiente relajado y adecuado como precisa este tipo de consultas.

El trabajo del psiquiatra es duro, trabajamos con los sentimientos de las personas. Los psiquiatras tenemos el peligro de olvidarnos de nosotros mismos. Nos llenamos de las angustias y con las historias de los demás y con el paso del tiempo dejamos menos hueco para nosotros. Pasamos muchas horas detrás de la mesa del despacho intentando dar soluciones y alternativas a esas "*jugadas de la vida*" en las que no participamos. Es cierto que intentamos mantener la distancia afectiva necesaria para que nuestra intervención no esté condicionada y sea eficaz. Pero también es cierto que los años hacen que nos confiemos y podamos acabar absorbidos por la espiral de angustia que peligrosamente bordeamos.

Como hemos visto el Dr. Sancho ha estado bien atado al mástil de la realidad, protegido del tremendo desgaste personal que supone la práctica psiquiátrica y de los cánticos de sirena a través de, por su puesto su fe y su familia y por sus otras vocaciones, la historia de la medicina y su amor a Toledo.